



UNR Universidad
Nacional de Rosario

FACULTAD DE PSICOLOGÍA

Trabajo Integrador Final

“Una mirada hacia la anorexia”

AUTORA:

Torresin, Camila

LEGAJO:

T-5066/1

DOCENTE RESPONSABLE:

Ps. Quintero, Victoria. (Mat. 6653)

- AÑO 2018 -

RESUMEN

En el presente trabajo se propone abordar desde una perspectiva psicoanalítica el actual del discurso anoréxico, mediante la realización de un breve recorrido histórico sobre el mismo. Debido a que el discurso anoréxico se encuentra conmovido por un número cada vez mayor de jóvenes que la padecen, resulta pertinente, examinar si la anorexia se vincula con la época y sus ideales de belleza impuesto por el capitalismo imperante. Si bien, siguiendo a Lacan, se concluye que quien pretenda ser psicoanalista no debe desconocer las formas de constitución subjetiva que suceden en sus tiempos, resulta pertinente visibilizar que hay una diferencia en tanto se considere a la anorexia como síntoma o como estructura. La época impone sus singularidades. Asimismo, en esta misma línea de trabajo surgen nuevas preguntas, tales como, qué puede decir el psicoanálisis al respecto, y cuestionar cuál es el papel que desempeñan las redes sociales.

PALABRAS CLAVES

Discurso anoréxico – Síntoma anoréxico – Estructura anoréxica – Deseo – Nada.

INTRODUCCIÓN

En el siguiente trabajo se propone ahondar sobre una temática, a saber, la anorexia. Si bien, la nueva estética de la mujer –diferente de la sostenida en la edad media- somete a intensas presiones, la anorexia también puede leerse como una afirmación del yo, en la medida en que constituye un intento de dominio sobre las necesidades y ataduras pulsionales. En la cultura de la imagen, están cada vez más impuestos los ideales de bellezas asimilados a la delgadez, como modelo ideal del sujeto que controla todas sus pulsiones, muchas veces inalcanzable, como todo ideal. Es decir, frente a la exigencia de estos ideales de ser delgados, los factores familiares y subjetivos harán que unos sujetos padezcan anorexia y otros no.

En primer lugar, se empezará definiendo el concepto de anorexia, tomando la concepción de la misma desde el diccionario de la Real Academia Española. Luego se planteará un recorrido histórico, ya que, aunque se lo suele considerar como un fenómeno actual y propio del capitalismo, se encuentra presente desde mucho antes; en la Edad Media más precisamente, vinculada a lo religioso, siendo tomada después por el discurso médico.

Siguiendo con el trabajo, se abordará la perspectiva psicoanalítica de la anorexia, intentando diferenciar la anorexia como síntoma de la anorexia como estructura, poniendo en relieve el papel del estrago materno, la alienación, la separación, la afanisis y la holofrase.

Para finalizar, se vislumbrará la relación del discurso anoréxico y la actualidad, ya que como se mencionó anteriormente existe desde hace tiempo, empero, desde mitad del siglo pasado más sujetos la padecen, convirtiéndose así en una patología con gran relevancia social.

LA ANOREXIA

Según el diccionario de la Real Academia Española (2018), la anorexia proviene de la palabra griega “ἀνορεξία”, que significa inapetencia, es decir, la pérdida normal del apetito. Se caracteriza por un fuerte descenso del peso, incluso hasta llegar a una silueta cadavérica.

Se puede decir que la anorexia se está instalando con una marcada progresión desde mediados del siglo XX. Pero su inicio se encuentra en la Edad Media. En ese momento histórico la mujer obesa era bien considerada, tener un cuerpo voluminoso era un signo de fertilidad y abundante lactancia. En momentos en que la mujer busca desligarse de antiguas ataduras, mirarla como esposa y futura madre no hace más que reproducir una concepción histórica que le asignaba un rol limitado a la procreación y al cuidado de la casa. Como plantea Caratuzzolo (2015):

“A esta vida nueva, sin las antiguas servidumbres corporales, ya sean sexuales, procreadoras o vestimentarias, le corresponde un nuevo cuerpo, una estética corporal distinta, que la desliga de sus pasadas cadenas” (p. 12).

Por lo que, la restricción del alimento era asociada a lo religioso, bajo el nombre de ayuno, que es la abstinencia de comida y bebida, utilizada como penitencia y forma de lograr un estado espiritual más elevado, y en el caso de la abstinencia voluntaria prolongada, se utilizaba entonces, el concepto de inedia. Silvia Fendrik en su libro “El país de nunca comer: Historia ilustrada de la anorexia” (2004) sostiene que:

“Los ayunos se entienden como parte de los ritos de control de la muerte y la fecundidad. Representaban un intento de dominio sobre la continua e imprevisible alternancia entre privación y abundancia a la cual la naturaleza somete a sus criaturas” (p.55).

Ayunaban entonces, con el fin de evitar la tentación, rechazando el alimento que nutría al cuerpo, por lo cual debían esforzarse en no caer en la tentación de lo carnal, íntimamente vinculado con el deseo, percibido como un peligro que abriría las puertas de un goce pecaminoso. Junto con la oración constituían los métodos de sacrificio por excelencia, cuyo objetivo era purgar y purificar el alma. El contrario del ayuno es la eucaristía, que constituye justamente el alimento espiritual más satisfactorio, que es la carne y la sangre de Jesucristo.

Lo religioso aparece en la Edad Media como el discurso amo, entendiendo al discurso como lazo social. Lacan (1969) plantea lo siguiente:

“He aquí lo que constituye una verdadera estructura del discurso amo. El esclavo sabe muchas cosas, pero lo que sabe más todavía es qué quiere el amo, aunque éste no lo sepa, lo que suele suceder, porque de otro modo no sería un amo. El esclavo lo sabe, y ésta es su función como esclavo. Por eso la cosa funciona, puesto que sea como sea todo ha funcionado durante bastante tiempo” (p. 32).

Entonces, entra en juego un saber –campo del esclavo- que le es expropiado al esclavo por parte del amo. Al amo no le interesa saber sino sólo que la cosa funcione,

es decir, que no se hace preguntas ya que tiene el saber del esclavo y apunta a que el saber haga totalidad.

Discurso del amo

$$\frac{S_1}{\$} \longrightarrow \frac{S_2}{a}$$

Lacan (1972).

El significante es lo que ha introducido en el mundo el Uno y, consecuentemente, es suficiente que haya Uno para que eso comande al S_2 , es decir, al significante que viene después. El Uno funciona: él obedece. Pero para obedecer es necesario que sepa algo.

Este discurso amo, lo religioso, aparece como represivo y para el cual el deseo es pensado como un peligro referido al deseo femenino. Hay un horror por la mujer que desea, una mujer con un cuerpo dotado de curvas, es decir, lo que horroriza al discurso religioso es la sexualidad, por lo tanto, apuntan a un sujeto a-sexuado. La anoréxica se rebela contra esos saberes con su no, desplazado hasta un “no” comer.

Es a partir del siglo XIX que se comienza a nombrar a la anorexia, tanto como una enfermedad por sí misma, como un síntoma o un síndrome que se presenta en diversas nosografías: histeria, esquizofrenia, cuadros psicósomáticos, adicciones, entre otras. Hay un elemento que va a tener importancia decisiva, y es la convulsión.

En este nuevo escenario la Iglesia visiblemente pierde poder ya que se agotan sus recursos explicativos respecto de esta presentación clínica, a decir, la posesión del demonio en los cuerpos convulsivantes; de este modo va a intentar desligarse de ellos. El cuerpo, esa carne mediante la cual la Iglesia afirmaba su control, empieza a correr el riesgo que otro poder llegue en su reemplazo: la medicina.

La convulsión se va a convertir entonces en un objeto privilegiado para la medicina, del cual se ocupaban los médicos de esa época y la denominaban “enfermedad de los nervios”. El estudio de la convulsión –como forma paroxística de la acción del sistema nervioso- va a ser la primera gran forma de la neuropatología.

A mediados del siglo XIX, dos psiquiatras en Inglaterra, se disputaron el descubrimiento y la denominación de la anorexia. El primero, Charles Lasague la llamó “anorexia histérica”, entendiéndola como un cuadro de extrema debilidad física provocada por la falta de alimento generalmente presente en mujeres jóvenes. Planteaba que si no se forzaba a la enferma a comer corría riesgo de muerte. Sir William Gull, en cambio, se negó a llamarla histeria por su vínculo con el útero, ya que consideraba que esta patología era de naturaleza nerviosa, por lo que la llamó “anorexia mental”.

A partir de los estudios de Charcot, neurólogo francés, las causas genitales quedaron descartadas. Su mérito principal consistía en haber demostrado el origen nervioso y hereditario del problema, además de haber probado que también existe la histeria masculina, quedando entonces, ligada al término histeria, pero dejando de lado su connotación uterina.

El año 1885 Freud se traslada a París donde conoce a Charcot en el Hospital de la Salpêtrière. Este acontecimiento fue fundacional para los comienzos del joven neurólogo ya que recibe influencias esenciales para la elaboración de la teoría

psicoanalítica. Podemos ver cómo considera Freud a la anorexia en una carta a Fliess, el manuscrito G (1895), dónde afirma que:

“(…) la neurosis alimentaria paralela a la melancolía es la anorexia. La tan conocida anorexia nerviosa de las adolescentes me parece representar, tras detenida observación, una melancolía en presencia de una sexualidad rudimentaria. La paciente asevera no haber comido simplemente porque no tenía apetito, y nada más. Pérdida de apetito equivale, en términos sexuales, a pérdida de la libido (…)” (p. 240).

¿Esto permite pensar que hay un fracaso en el doble pasaje de la relación de objeto narcisista al reconocimiento simbólico del Otro que hace posible el encuentro con el objeto diferenciado del propio yo, tal como sucede en la melancolía, y que, el fracaso de este proceso deja al sujeto en una lucha con un objeto con el cual no se identifica por cuanto ha operado la escisión? De ser así, ¿de qué modo es posible pensar a la anorexia como estructura? ¿Y en qué medida se la puede considerar como un síntoma?

SÍNTOMA ANORÉXICO

Si se plantea la anorexia como síntoma, se la puede pensar como una presentación clínica con un valor simbólico propio, en tanto ha de ser descifrada para acceder a la significación que tiene para el sujeto que la padece. Es el resultado de una posición subjetiva que tiene un complejo entramado, entendiendo a la subjetividad como la plantea Rascovan (2013), a saber:

“(…) como una construcción dinámica, multidimensional y compleja, sostenida en los rasgos de la época y condicionada por las variables de contexto. Es a través de la subjetividad que el sujeto se construye como tal, ingresando al mundo simbólico y cultural, regido por las lógicas del lenguaje, (...) siempre se es en relación con el otro y el Otro” (p.102-103).

Dicha posición subjetiva constituye un modo de procesamiento psíquico que deja paso a la búsqueda de la consumación pulsional que se alcanza en la anorexia a partir de la restricción.

Siguiendo con la teoría freudiana, Freud en “Tótem y Tabú” (1912-1913), explica el ingreso del hombre a la cultura, a través del mito de la horda primitiva, donde el padre se presentaba como el reservorio total del goce. Podía tener acceso a todas las mujeres dentro y fuera del clan, mientras que los jóvenes eran obligados a permanecer en abstinencia. Consecuentemente los hijos deciden asesinarlo. Lo comen en un banquete donde se incorpora la potencia de este padre primordial y luego para que ninguno de ellos quiera ocupar su lugar, deciden establecer las reglas totémicas: no matarás al animal totémico y la prohibición del incesto. En consecuencia, el tabú del incesto representa el paso de la naturaleza a la cultura. En este ritual, se incorpora un límite al goce.

Lacan en su seminario “La Angustia” (1962-1963) sostiene que la constitución del sujeto se da en el campo del Otro. En su tercer esquema de la división subjetiva,

desarrollado en dicho seminario, plantea que de esta operación se desprende un resto que funciona como antecedencia lógica en tanto lugar vacío.

A	S	x goce
a	A	angustia
\$		deseo

Lacan (p. 189).

En un primer tiempo del esquema se debe suponer un sujeto del goce, en el sentido mítico, porque para hablar de sujeto, ya tendría que estar efectivizada la inscripción del goce como perdido, bajo la lógica significante.

En el segundo tiempo está la angustia constitutiva de la función del a, como resto, pero funcionando como antecedencia lógica en tanto lugar vacío. El sujeto aparece en el tercer piso como sujeto de deseo, es decir, el sujeto implicado en el fantasma a través de la búsqueda de su goce –perdido- y en la medida que quiere hacer entrar dicho goce en el lugar del Otro como un lugar significante, el sujeto se precipita como deseante.

Se puede pensar que es a través de la anorexia como síntoma histérico que el sujeto se plantea la pregunta histérica, “¿qué es ser una mujer?”. Es en esta búsqueda que la anoréxica se identifica a diferentes figuras y modelos estéticos siendo el predominante, actualmente, el de la delgadez. Pone en el lugar del amo a la moda que impone una imagen de delgadez extrema a la que aspira alcanzar y que siempre mantendrá inalcanzable.

El deseo busca la satisfacción con objetos, respondiendo a un mandato superyoico y, separando la necesidad de la demanda, esto es, lo que se define como “deseo de nada”, en tanto el sujeto trata de sostener su deseo como algo externo a la demanda, para sostener así su deseo de Otra cosa, donde aparece el imperativo “comé” hace que el sujeto haga lo contrario a lo que se le impone, esa demanda incondicional, comiendo nada. Dirá Lacan en el Seminario 4, “La Relación de Objeto” (1956-1957), que:

“La anorexia mental no es un no comer, sino un no comer nada. Insisto – eso significa comer nada. (...) Frente a lo que tiene adelante, es decir, la madre de quien depende, hace uso de esa ausencia que saborea. Gracias a esta nada, consigue que ella dependa de él” (p.187).

Si se piensa en la anorexia como un mecanismo histérico, se puede agregar que lo esencial es la significación que ha tomado el objeto oral, en tanto lo que sale y entra del cuerpo, y no sólo la relación con un seno materno omnipresente y devorador de la madre que erotiza la zona oral; pues fue un objeto de satisfacción, rol esencial que ha hecho que pase a ser situado en el plano del deseo, en la medida en que pasa a ser del orden simbólico.

En la anorexia, Lacan plantea que se ve a la madre como toda potencia, conteniendo en su cuerpo todos los objetos primitivos reunidos, los síntomas son el intento por simbolizarlos, es por eso que la anorexia es un deseo de comer nada y no de no comer.

Como es sabido, el pasaje de una mujer por el Edipo suele culminar con la ecuación simbólica pene=niño, es decir, con el deseo de tener un hijo que es convocado a taponar la falta fálica de la madre. Esta operación subjetiva precipita, entonces, la constitución del sujeto en el campo del Otro mediante el resto que Lacan denomina objeto a. Este objeto –que no es reintegrable ni en términos simbólicos ni imaginarios- opera causando al sujeto que adviene como deseante, ya que le falta algo, justamente este petit a. Hablar de Edipo es hablar del rol esencial que desempeña la función del padre. Este dirige a la madre la ley primordial de interdicción del incesto, bajo la amenaza de castración. La función del padre en el complejo de Edipo es la de ser un significante que sustituye al primer significante introducido en la simbolización, el significante materno. Es fundamental que esto suceda para que el niño no quede capturado por el deseo de la madre.

“El papel de la madre es el deseo de la madre. Esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre” (Lacan 1970, p. 118).

¿Qué sucede entonces en los sujetos que padecen anorexia? Se puede pensar que habría una función de pérdida y de corte que no operaría, tratándose de un cuerpo falo para una madre cocodrilo que no otorga significación fálica a este hijo, más que para ocupar el lugar de tapón de su falta. Junto a esta posición materna, habría un padre impotente que falla en su función de portador de la ley que ponga un límite al deseo materno, y mientras que a la madre se la ve como toda potencia, el niño se refleja en el espejo como impotencia.

“(…) la resistencia de la omnipotencia no se elabora en el plano de la acción bajo la forma del negativismo, sino en el del objeto, que se nos ha revelado bajo el signo de la nada” (p.189).

Porque como plantea Lacan en “La dirección de la cura y los principios de su poder” (1969-1970):

“(…) el Otro, en lugar de lo que no tiene, lo atiborra con la papilla asfixiante de lo que tiene, es decir, confunde sus cuidados con el don del amor. Es el niño al que alimentan con más amor el que rechaza el alimento y juega con su rechazo como un deseo (anorexia mental). A fin de cuentas, el niño, al negarse a satisfacer la demanda de la madre, ¿no exige acaso que la madre tenga un deseo fuera de él?, porque es éste el camino que le falta hacia el deseo” (p. 598).

Entonces se puede pensar que en este punto, se genera un poder, el único posible contra toda potencia con el que produce la dimensión del negativismo en forma de acto, que se dirige a atacar esa dependencia hacia la madre, de ahí su negativismo a comer. La madre todopoderosa fracasa en su poder, pues es el hijo quien ejerce ahora el dominio: se alimenta de nada. Se erige como amo de la madre, que está a las órdenes de su capricho, convirtiéndose pues en toda potencia.

Esta inversión de la demanda para adquirir dominio sobre el Otro, lo deja en una posición de profunda debilidad ya que al hacerla depender de él es un intento de

separación fallido, con el cual –paradójicamente- constituye otro materno que lo supervisa constantemente con el objetivo de, así, volverse el centro de la principal demanda: “comé”.

Esto posibilita preguntarse ¿qué relación mantiene el sujeto anoréxico con el objeto? O en otras palabras, ¿cuál es la causa de la relación de la pulsión con el objeto oral en el caso de la anorexia?

Fue Freud quien supo percibir tempranamente cómo el niño que ha satisfecho su necesidad alimentaria sigue chupando. Y a ese plus de satisfacción que el niño obtiene con la succión de esa nada, a pesar de haber satisfecho su necesidad, es a lo que Freud se refería con el término de pulsión. Pero la pulsión puede interferir hasta tal punto la necesidad que puede llegar a quedar a favor de una manera de gozar que atenta contra la vida. A partir de este plus de satisfacción que el sujeto obtiene de esos orificios enmarcados en el circuito de la necesidad, se puede explicar ese querer satisfacerse más allá de la necesidad.

Más tarde, fue Lacan quien dió al estatuto nada el carácter de un objeto oral vaciado capaz de producir ese plus de satisfacción, un plus del que ya Freud había dado cuenta al hablar del seno o las heces. Y es esta dimensión del objeto nada la que adquiere importancia en la anorexia, se come nada.

Para comprender entonces la causa de la relación de la pulsión con el objeto oral en el caso de la anorexia, es preciso examinar ya no tanto la relación actual que el sujeto mantiene con el alimento, sino más bien su relación con la madre.

Si uno se imagina el grito de un bebé, como pura necesidad, adquiere, por su situación de dependencia simbólica con respecto al Otro primordial –función materna-, el carácter de demanda, es decir, ese grito precisa de un Otro simbólico que lo codifique para que pueda adquirir un sentido. De esta manera, ese Otro, que otorga un sentido a ese grito de pura necesidad, le dota de una dimensión de petición, de demanda. A decir, la pura necesidad del bebé se convierte, por la mediación del Otro materno, en demanda de algo, de un objeto que satisfaga la necesidad.

Ahora bien, no toda la demanda queda agotada en ese objeto que calma la necesidad, sino que hay, otra demanda que circula entre ésta y que reclama amor, esto es, nada. Aunque el bebé esté saciado de alimento, sigue chupando, es decir, por más que esté alimentado, siempre habrá un resto de insatisfacción que hará que ese bebé demande otra cosa, demanda amor, para tratar de restituir su pérdida en ser. Pero, si como dice Lacan, “amar es dar lo que no se tiene”, esta demanda, no es más que demanda de un vacío. Demanda, en realidad, ese don que es el amor como una nada, como un vacío. El amor viene a ser, así, la nada del objeto como perdido.

Entonces, el acceso a lo simbólico provoca una pérdida, un vacío estructural, al que entrarán los diversos objetos señuelos que tratarán inútilmente de taponar esa falta. Sin embargo, es lo que mantiene vivo el deseo. La falta se convierte así, en la garantía de un deseo, y a su vez, éste vela esa falta entendida como irresoluble. Pero nuevamente se puede apuntar que ese deseo, en realidad, es deseo de nada, en tanto que el deseo aparece como lo imposible de colmar, porque no hay simbolización posible.

En el caso de la anorexia nos encontramos con una madre completa que confunde la necesidad con el amor e intenta, obturar continuamente el vacío estructural con el objeto alimento. El rechazo al alimento por parte del sujeto es el intento de permitir un cierto margen a esa demanda de vacío, a esa demanda de nada.

De ahí que digamos que la anorexia, en su rechazo, quiere nada, para así preservar el deseo, un deseo garante de la falta estructural. Por eso, la anoréxica no es que no coma, en realidad, “come nada”.

En este intento de preservar el deseo y de garantizarse como un sujeto en falta allá donde no encuentra la falta del Otro -la madre omnipotente aparece siempre como completa y sin agujeros-, la anoréxica puede identificarse y gozar con ese objeto pulsional nada. Un objeto que no es, ni más ni menos, sino el objeto oral vaciado productor de una satisfacción pulsional. Es decir, que, para salir de la frustración de la demanda de amor, la anoréxica acaba logrando un plus de satisfacción pulsional con el objeto nada. Y éste es, sin duda, el matiz más problemático de la anorexia: su relación en este punto con el objeto nada.

Si se piensa la cuestión de la identificación en la anorexia, cabe preguntar ¿cómo se plantea la constitución imaginaria del cuerpo? ¿cómo encuentra el sujeto su lugar? Y, ¿qué sucede respecto a esto en el sujeto anoréxico?

En los primeros tiempos de su teorización Lacan la plantea en relación al estadio del espejo, donde el niño tiene la posibilidad de identificarse a la imagen del cuerpo del otro, el semejante. Esta es una operación que pone en juego la presencia fundamental del Otro simbólico en dos niveles. El Otro aparece como espejo plano que permite el reflejo para la identificación del niño y aparece, además, como lugar simbólico de deseo que sostiene al sujeto.

La construcción de la imagen de cuerpo ideal, promovida por la cultura, depende de cómo asuma el sujeto su cuerpo frente a ese Otro. La estética posmoderna constituye un intento de dominio de las necesidades y ataduras pulsionales.

El Yo Ideal es la primera forma en la que el yo se aliena, es una unidad del cuerpo en la imagen, es el punto de partida del yo. El Ideal del Yo, en cambio, es el lugar desde el cual el sujeto es mirado, donde se le dice cómo y qué debe ser para alcanzar la “perfección”, lugar en el que la anoréxica pone esa mirada del cuerpo delgado, construyendo así su Ideal del Yo, y haciendo cualquier cosa para alcanzarlo.

En el Seminario 11, “Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis” (1964), Lacan introduce dos conceptos fundantes: alienación y separación, las dos operaciones de causación del sujeto. Plantea que para mostrar cómo se constituye el sujeto del inconsciente es necesario tener en cuenta, por un lado, la existencia del sujeto como un ser viviente atravesado por la pulsión, y por otro, el Otro constituido en la cadena significativa. En el primer caso, se trata de la división del sujeto, que estará siempre sometido a una pérdida, mientras que el de la separación, se trata de la relación con el Otro a partir de los huecos o intersticios del discurso del Otro donde muestra su falta, en palabras de Lacan:

“El sujeto sólo aparece en esa división (...) esta operación lleva a su término la circularidad de la relación del sujeto con el Otro (...) En la separación, el sujeto encuentra una falta en el Otro, en la propia intimación que ejerce sobre él, (...), en los intervalos del discurso del Otro (...) El sujeto aprehende el deseo del Otro en lo que no encaja, en las fallas del discurso del Otro” (p. 222).

Es así, que el sujeto puede encontrar su lugar como tal a partir de la interrogación sobre su lugar en el Otro, es decir, el sujeto encuentra la dimensión del deseo en lo que no encaja, dejando a la vista que estas dos operaciones constitutivas

se sostienen en la división del sujeto y en la falta del Otro. Se puede decir que Lacan ha pensado a la anorexia en relación a una dificultad en la separación.

En la anoréxica entonces, hay un goce, entendido como el sufrimiento que deriva de la propia satisfacción, un goce del Otro, en tanto éste es el goce femenino que está más allá del falo, Lacan en 1973, lo denomina “gocce suplementario”, que no puede ser puesto del todo en palabras, es un secreto que no puede ser revelado, que irrumpe el cuerpo en el momento en el que sujeto se encuentra con el Otro al que rechaza. La realización de un fantasma anoréxico es el miedo a quedar ubicado como el objeto de goce del Otro, entonces hay un retorno del goce al propio cuerpo. Este goce vehiculiza el pasaje al acto, como sucede en la anorexia.

Ahora bien, desde la perspectiva sintomática de la anorexia ¿desde qué versiones puede leerse la defensa?

La primera, la versión histérica, implicaría preguntarse cómo poder hacer desear al Otro, es decir, lo que se busca es convertirse en el deseo del Otro, haciendo un hueco en ese Otro que sólo tiene comida para llenar la falta, para que de este modo el Otro tenga que recurrir a Otra cosa para dar, que le de lo que no tiene. Por un lado, entonces, tenemos esta demanda de amor, pero por el otro, hay pulsión de muerte, en la medida en que, en este intento de hacerle falta al Otro se puede llegar a rozar con la muerte.

La otra versión, la obsesiva, se aprecia en los rituales de las comidas y en la necesidad de poner un control en las calorías y en el peso. Pero estos movimientos obsesivos son comunes a todas las anorexias, lo que tiene de particular la vertiente obsesiva es que se trata de no dar la menor señal de que el Otro crea que hace falta. Lo que se intenta entonces, es evitar dar señales de deseo al Otro, evitando todo lo que tenga que ver con lo sexual, con el goce del cuerpo, y poner todo en el goce de los controles alimenticios.

ANOREXIA COMO ESTRUCTURA

Cuando se dice “anorexia como estructura”, se la plantea como “fuera de discurso”, bordeando la neurosis, la perversión y la psicosis, sin forzar límites, es decir, sin querer “encajarla” en las estructuras tradicionales. Hay una ruptura de los lazos con los otros, conduciendo progresivamente al aislamiento. Esto se debe al fracaso en la identificación, que impide reconocerse como diferente del Otro, por lo tanto, el Otro se vuelve amenazante.

Florio (1998), consideraba a la anorexia como una problemática social, ya que denuncia que no anda en los lazos sociales. Es social en tanto nadie puede permanecer indiferente ante ella, es una problemática que hace tramas. En los últimos tiempos se produjo una declinación de la función paterna, por ende, en la constitución subjetiva uno se encuentra con falta de límites. Esto tiene distintos retornos: sobreprotección, exigencia social, autoritarismo -como función que sanciona lo posible y lo imposible, diferente a la prohibición-, ocasionando que el sujeto quede en situación de indefensión.

Entonces, frente a esto uno puede preguntarse, ¿en la estructura anoréxica el ideal estético entra en juego? No. De lo que se trata aquí es de encarnar el rechazo de lo carnal, la sexualidad, en la medida en que el cuerpo descarnado es un cuerpo

etéreo. Se puede pensar que hay una resistencia de dejar el cuerpo de niña, resistencia a crecer, de dejar atrás la infancia, con todo lo que implica. Lo que denuncia la anorexia como estructura es, justamente, no poder contar con un ideal estético que cumple una función en lo social, y esto, es lo que la diferencia de la ayunadora mística, en tanto, allí se implicaba un ideal y aquí no.

Ahora bien, si se plantea qué sucede con respecto al esquema de la división subjetiva de Lacan desarrollado anteriormente, ¿qué sucede con el sujeto si se considera a la anorexia como estructura?

Se puede ver que el sujeto no está constituido aún, en la medida en que al Otro asfixiante, no le falta nada, es decir, ese Otro no da lugar a la falta. La estructura psíquica está orientada por un goce mortífero, por lo que este no comer implica poder abrir un espacio necesario, es una estrategia desesperada que, al mismo tiempo, lo deja inmobilizado.

Sería pertinente plantear entonces, que en este sentido, el padecimiento pertenece a la vertiente del acto, donde la anorexia estaría implicada en el intento de separación tajante donde no se quiere saber nada del Otro, lo que se llama, pasaje al acto. Tanto así, que el sujeto anoréxico sostiene su negativa a alimentarse, llegando al punto del goce de la pulsión de muerte y goce del hambre, coincidencia terrible de un deseo en el que el sujeto intenta sostener su ser al borde de la muerte. En palabras de Lacan, en su seminario 17, "El Reverso del Psicoanálisis" (1969-1970):

"(...) Da en el blanco con la muerte, al glorificar el cuerpo mortificado, hace descender el deseo al registro de la pulsión de muerte (...) El goce mortífero, está ligado a la repetición de lo mismo y no a la repetición como insistencia significativa, que introduce la diferencia, la repetición de lo mismo toca con lo real" (p.193-194).

Así, la anorexia constituye el último recurso para intentar un corte con el Otro, un modo de emerger como sujeto deseante. Es una maniobra subjetiva que viene a poner en falta a este Otro devorador y omnipotente.

La anorexia como estructura implica que el sujeto por advenir, queda en el primer tiempo del Complejo de Edipo. Esto trae como consecuencia que, pensando en términos del estadio del espejo, haya una falla en las identificaciones más primitivas, las cuales o no se produjeron o no se terminaron de producir. Ésto no permite presentarse con lo más propio ante otro, al que se le reconoce lo suyo, a saber, el cuerpo. Este cuerpo, es un cuerpo fragmentado, lo que retorna del espejo es algo "deforme". En la medida en que no se puede identificar el límite al que conduce el fracaso de la identificación, puede llevar a no detenerse hasta el abismo. Este límite, es lo que en otros términos refiere a una falla en el significante Nombre del Padre. En otras palabras, el sujeto utiliza la anorexia como recurso para defenderse de la falla del significante Nombre del Padre, es decir, para defenderse de la falta de aquello que le pone límite al Otro.

Si se piensa en qué ocurre con este banquete al que se remite Freud en "Totem y Tabú" en la anorexia, puede vislumbrarse que la madre confunde sus cuidados con el don de su amor y, ahoga al niño con su "papilla asfixiante". Hay un intento excesivo por satisfacer las necesidades del niño, dejándolo en posición de objeto, en la medida en que, la demanda se degrada a pura necesidad. A decir, está

fracasada la incorporación; en términos de Florio (1998) “se incorporan restos cadavéricos”.

Como se introdujo anteriormente, resulta fundamental la operación de la metáfora paterna, pero, a su vez, es necesario que opere otra función: la afánisis. El S_1 surge en el campo del Otro y en tanto representa al sujeto para otro significativo, sentencia al sujeto a desaparecer bajo ese otro significativo, el S_2 . El sujeto, entonces, desaparece, y es el S_2 quien causa dicha desaparición, su afánisis.

A decir, la afánisis es efecto de la alienación significativa, y representará la carencia del sujeto, éste se presenta, en un primer tiempo, desaparecido bajo los significantes que lo representan, no tiene otra sustancia que la de ser lo que un significativo representa para otro, y es ésta su falta en ser.

En el intervalo entre los significantes S_1 y S_2 se desliza el deseo del Otro. Este se le presenta al niño como un enigma. Ya no se tratará de un Otro absoluto, sino que en el intervalo entre los significantes de su demanda podrá insinuarse un deseo, un algo enigmático bajo la figura del ¿Che vuoi?

Ante el enigma por el deseo del Otro el sujeto responde, según Lacan (1964):

“(…) con la falta antecedente, con su propia desaparición, que aquí sitúa en el punto de la falta percibida en el Otro. El primer objeto que propone a ese deseo parental cuyo objeto no conoce, es su propia pérdida” (p. 222).

Desde esta perspectiva, el primer objeto que tiene para ofrecer a la falta del Otro será su propia desaparición. Hasta este momento la afánisis que era “efecto”, debe ser puesta en juego como “función”, en la medida en que entra en juego para interrogar el deseo del Otro.

La función de la afánisis, mediante la pregunta “¿puedes perderme?” Plantea una interrogación: “¿mi ausencia sería una pérdida?” Es decir, que lo que se intenta es averiguar si la ausencia del sujeto será inscripta por el Otro como una falta.

Con esta pregunta el sujeto ataca la cadena significativa del Otro en el punto más débil, el del intervalo, encontrándose con el deseo del Otro. El sujeto logra así ubicar una falta en el Otro y procura, de esta manera, identificarse con ella. Esto da un nuevo estatuto al sujeto quien dejará de estar “desaparecido” para pasar a ser “perdible” para el Otro, es decir, identificado fálicamente a lo que al Otro le falta.

Si mediante el ofrecimiento de su carencia el sujeto logra alcanzar la carencia del Otro, estarán dadas las condiciones para que opere el segundo tiempo: la separación. Para que esta operación subjetiva suceda es indispensable que funcione el intervalo entre los significantes, de lo contrario, estos se holofrasean.

Ahora bien, en el caso de las psicosis, debilidad mental y fenómenos psicósomáticos Lacan (1964) introduce el concepto de holofrase, que hace referencia a “cuando no hay intervalo entre S_1 y S_2 , cuando el primer par de significantes se solidifica, se holofrasea”. Es una solidificación de la cadena significativa que inmoviliza al discurso, es decir, es la anulación de la separación donde el sujeto hace uno con el Otro.

El sujeto anoréxico queda vinculado holofráscamente al Otro. Lo que existe es el vínculo, el pegoteo. Se trata de una identificación idealizante que carece de dialéctica, sumamente mortífera, que no asume el valor de síntoma. Para ejemplificar, su delgadez no opera como síntoma ya que no tiene un valor metafórico y se presenta como un discurso congelado e imposibilitado de sustitución.

El S_1 , que es el significante maitre –el amo- pone a trabajar al esclavo S_2 para que produzca un excedente, es decir, una plusvalía que se denominará petit a. Por lo cual, en la vía metafórica, S_1 representa al sujeto ante los otros significantes S_2 , mientras que en la holofrase es un monolito, puesto que no hay representación de un significante ante los otros.

Entonces, hay falla en la identificación y en la lógica significante. Esta última organiza tiempo, espacio, imagen, y posibilita la distribución del goce, sino se acumula no a la manera de la pulsión. La lógica significante muestra cómo se organiza el mundo para el sujeto, supone la posibilidad de escansión -espacio entre significante y significante- lo que permite la diversidad, la alternancia. En el caso de la anorexia, lo que sucede es que hay fidelidad de los significantes, pretenden ser copia fieles de sus madres, produciéndose una ausencia de diversidad que hace a la literalidad. Y, a su vez, al haber falla en la alternancia, el sujeto anoréxico tiene la necesidad de estar “lleno”.

En relación a la pulsión, lo viviente necesita de la pulsión de muerte, en tanto pone un límite y hace que lo viviente esté al servicio de la vida y no de la muerte, que no sea mortífero. Si hay desarticulación entre estas dos pulsiones, hay una satisfacción en la fuente y no se produce el recorrido necesario de la libido, que, cuando está pulsionada, realiza como órgano de la pulsión. Dicha libido, cumple una función cuando no está acumulada, y es la de investir una imagen, permitiendo que uno reconozca, su cuerpo e imagen o la del otro. En la anorexia, el sujeto se queda a nivel de la libido orgánica, en tanto, el Otro tiene una mirada todopoderosa que nadie puede hacer ningún tipo de resguardo, no hay falta funcionando.

Entonces, se puede preguntar: ¿cómo se sintomatiza esto que se reconoce a nivel estructural? Si no hay falta funcionando, ¿cómo es posible que una pérdida se anote como falta? ¿Cuándo alguien puede anotar una pérdida como falta?

Florio (1998), sostiene que no se inscribe la pérdida como falta, por lo que las pérdidas se acumulan, es una dificultad correlativa a la falta de límites. Esto hace referencia a poder perder lo que no pudo ser, en la medida en que hay esas cosas que son necesarias de perder porque de lo contrario no se puede hacer lugar a lo posible.

El “me mira” hace bisagra entre lo que se nombra como campo dominado por la mirada y el campo escópico. En este último, ya existe una articulación del fantasma, entonces se cuenta con la posibilidad de hacer un síntoma, esto de aizar al Otro, con la posibilidad de la señal de angustia, lo que Lacan va a nombrar como “angustia subjetiva”.

En cambio, el campo dominado por la mirada, es de la neurosis de base – como le llama Freud-, la neurosis de angustia, donde alguien está absolutamente tomado por la angustia, desbordado por ello; que es distinta a la angustia señal justamente porque está en esta posición de extrema indefensión, en un campo totalmente dominado por la mirada. Lacan habla en este caso de angustia “objetiva”, no de angustia subjetiva, porque la angustia arrasa con el sujeto en ese campo dominado por la mirada.

En el caso del fantasma no existe articulación del fantasma, ya que el sujeto está en relación a su cuerpo en el fantasma, pero no al cuerpo consecuencia de la especularidad, sino al que debe apropiarse, identificarlo como propio. El sujeto hace lo que esa mirada le ordena, este se podría considerar el punto máximo de indefensión.

DISCURSO ANORÉXICO Y ACTUALIDAD.

Históricamente los ideales de belleza han cambiado según los tiempos y hacen de soporte al lazo social. Las mujeres a través del tiempo, han sido consideradas como objeto, como cuerpo erótico, para el placer de los cuerpos estéticos, para el goce de otros, como cuerpo nutricional, cuerpo procreador, reconociéndolas y valorándolas en relación al cumplimiento de determinados mandatos; en este sentido, una ayunadora, considerada como una virtuosa, en otras épocas adaptada a las ficciones de ese momento, hoy sería considerada como una enferma.

La representación que hoy día se hace de la anorexia se reduce a jóvenes con su cuerpo cadavérico, que se niegan a comer. En la cultura de la imagen, están cada vez más impuestos los ideales de bellezas asimilados a la delgadez, ideal del sujeto que controla todas sus pulsiones, muchas veces inalcanzable.

Como señala Silvia Fendrik, el verse gorda, tan escuchado por los sujetos anoréxicos, no implica una distorsión perceptual sino los efectos de un inter-juego de miradas, en la medida en que, se encuentran apresados en la mirada del Otro.

Las ficciones sociales entonces, permiten la entrada, inscriben, posibilitan que alguien se anote, se afilie. Es un punto de partida necesario, pero no suficiente. Se necesita que no funcione el límite.

La anorexia sería la medida extrema, de encarnar la falta, esta falta que no se ha simbolizado. La “nada” aparece como representativa de ese sujeto de la cual nada sabe y la encarna.

Si se considera a la anorexia como síntoma, a partir de lo desarrollado en la primera parte del trabajo, se puede pensar que aquel Discurso amo que representaba el discurso religioso, en la actualidad, se encuentra reemplazado por el Discurso capitalista, el cual consiste en:

$$\frac{\mathcal{S}}{S_1} \rightarrow \frac{S_2}{a}$$

Lacan (1972).

Lo que se produce en el paso del discurso del amo antiguo al del amo moderno, capitalista, es una modificación en el lugar del saber.

Empero, si se la ubica como estructura, se puede ver que denuncia cómo en los últimos tiempos se produjo una declinación de la función paterna, hay un rechazo de la función de la autoridad, en otras palabras, del significante Nombre del Padre.

Volnovich (2008), plantea que el problema, actualmente, reside en que la cultura tiende a ser una cultura sin Otro, es decir, sin otro simbólico ante quien el sujeto puede dirigir su demanda, hacer una pregunta o presentar una queja, se presenta Otro vacío. Plantea además la dependencia de los adolescentes a las nuevas tecnologías, a internet y a las redes sociales, en palabras del autor:

“La velocidad con la que se instaló la cybercultura, produjo cambios significativos en las subjetividades, los adolescentes, hoy se definen como usuarios, para lograr su independencia necesitan de la dependencia de las nuevas tecnologías. Son

adolescentes que se despliegan en un universo simbólico diferente, desconfían de la información que los adultos quieren transmitirles” (p.3-4).

La sociedad capitalista intenta taponar la falta con productos tecnológicos tales como: celulares, tablets, notebooks, etc., que presentan la tendencia al goce inmediato, es decir, con objetos que tienden a obturar la falta y borrar el deseo. En este sentido, el sujeto goza de su nuevo objeto: la nada.

Esto permite pensar que, si bien la anorexia dista de ser una patología nueva, adquiere un estatuto diferente por la forma con que se manifiesta culturalmente, debido, en parte, a la replicación acelerada que instituye el uso de Internet, las redes sociales, y los blogs. En estos últimos surge la figura de “Ana”, así llaman a la anorexia, y se presenta como Otro equiparable a su homólogo religioso en la Edad Media, ya que inspira creencias. Se muestran mandamientos, credos, culpas y castigos, imitando oraciones propias del discurso religioso. Su paradigma fundamental es el sacrificio del hambre, el cual permite que el sujeto se eleve a un estado de perfección.

Esto remite directamente a la primer parte del trabajo, ya que las jóvenes de hoy se presentan en posición similar a las de la Edad Media. Ambas atravesadas por una profunda religiosidad, promueven el camino de la salvación. Salvación justamente de este Otro asfixiante. Sin embargo, como se dijo anteriormente, distan en tanto, lo que denuncia la anorexia como estructura es, justamente, no poder contar con un ideal estético que cumple una función en lo social, y esto, es lo que la diferencia de la ayunadora mística, en tanto, allí se implicaba un ideal y aquí no.

Y para terminar, a partir de esta lectura es posible preguntarse... Si uno analiza caso por caso, ¿se podría pensar hablar de “anorexias”? Ya que no se trata de una sola manera de manifestarse, sino que cabe indagar a qué lugar viene para cada sujeto, en relación a cómo los sujetos pueden posicionarse respecto de la misma.

CONCLUSIÓN

Se puede vislumbrar que la anorexia tiene dos vertientes, si pensamos en la anorexia como estructura, es un intento de corte con el Otro materno, de encarnar la falta, esta falta que no se ha simbolizado. Como el Otro no dona la falta no posibilita que emerja el sujeto deseante, por lo que en el discurso anoréxico estamos frente a una ausencia de deseo.

La “nada” aparece como representativa de ese sujeto de la cual nada sabe y la encarna, es por eso, que se trata no de un “no comer”, sino de un “comer nada”, que opera como respuesta a esta madre insaciable. Junto a esta madre, habría un padre impotente que falla en su función paterna, no poniendo un límite al deseo materno.

A decir, la relación con el Otro es una desesperada defensa para evitar ser devorado; en el fantasma no existe articulación, ya que el sujeto está en relación a su cuerpo en el fantasma, pero no al cuerpo consecuencia de la especularidad, sino al que debe apropiarse, identificarlo como propio. El sujeto hace lo que esa mirada le ordena, este se podría considerar el punto máximo de indefensión.

En el caso de que la se la considere como síntoma, la relación del sujeto con el Otro es una relación de interrogación, una interrogación sobre el deseo del Otro, donde a su vez la defensa se puede leer desde la versión histérica o desde la versión obsesiva. La primera, como se mencionó anteriormente, implicaría preguntarse cómo poder hacer desear al Otro, es hacer un hueco en ese Otro que sólo tiene comida para llenar la falta, y que de este modo el Otro tenga que recurrir a Otra cosa para dar lo que no tiene. Por un lado, entonces, tenemos esta demanda de amor, pero por el otro, hay pulsión de muerte, en la medida en que, en este intento de hacerle falta al Otro se puede llegar a rozar con la muerte.

La versión obsesiva de la anorexia se aprecia en los rituales de las comidas y en la necesidad de poner un control en las calorías y en el peso. Además, lo que se intenta es evitar dar señales de deseo al Otro, eludiendo todo lo que tenga que ver con lo sexual, con el goce del cuerpo, y poner todo en el goce de los controles alimenticios.

El fantasma aquí se encuentra articulado en el miedo a quedar ubicado como el objeto de goce del Otro, entonces hay un retorno del goce al propio cuerpo.

En relación al momento histórico, cada época tiende con su bagaje ideológico a adecuar a los sujetos al discurso vigente.

Si se sigue en la línea de pensar a la anorexia como síntoma, puede leerse que lo que se produce en la anorexia es el paso del discurso del amo antiguo, discurso religioso, al del amo moderno, capitalista, es una modificación en el lugar del saber. Los canones religiosos, como el ayuno, se vinculan a las conductas de la jóvenes anoréxicas y de la sociedad “fit”, “light”, que promueve la necesidad de dieta y actividad física. De este modo, se puede pensar que una joven que padece anorexia puede ser considerada de diversos modos según el contexto cultural y social en el cual se encuentre.

Si se piensa en la anorexia como estructura, este padecimiento dice lo que no funciona en la trama social. Florio, la ubica dentro de las problemáticas sociales en la medida en que denuncia qué no anda en los lazos sociales, es social en tanto nadie puede permanecer indiferente ante ella, es una problemática que hace tramas. Hay una ruptura de los lazos con los otros, conduciendo progresivamente al aislamiento. Esto se debe al fracaso en la identificación, que impide reconocerse, por lo tanto, el otro se vuelve amenazante.

Y para concluir, esto visibiliza lo que sostiene Lacan en “Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis” (1953): “Que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época” (p.308), entendiéndose que quien pretenda ser psicoanalista no debe, ni puede, desconocer las formas de constitución subjetiva de su tiempo.

“Antes no quería nada, no quería, no. Era la negación en persona, era la nada misma: nada de comida, nada de deseos, nada de nada. Solo la acuciante necesidad de dejar de existir, de ser nada” – Cielo Latini (2006).

BIBLIOGRAFÍA

- Caratozzolo, D. (2015), *ANOREXIA-BULIMIA. Cuatro relatos clínicos*. Rosario: Laborde.
- Carballeda, (2008), *Los cuerpos fragmentados*. Buenos Aires: Paidós.
- Cibeira, A. (2008), *Consideraciones sobre la anorexia desde el psicoanálisis*. Recuperado el 24 de Agosto de 2017 en: http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/obligatorias/055adolescencia1/material/archivo/consideraciones_anorexia.pdf
- Diccionario de la Real Academia Española. Recuperado el 20 de Marzo de 2018 en: <http://dle.rae.es/srv/fetch?id=2jvDUzL>
- Evans, D. (1997), *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Fendrik, S. (2004), *El país de nunca comer: historia ilustrada de la anorexia*. Buenos Aires: Zorzal.
- Florio, T. (1998), *SEMINARIO: Problemáticas sociales de fin de siglo*. Rosario: Inédito.
- Freud, S. (1895), “Manuscrito G”. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905), “Tres ensayos de teoría sexual”. Tomo VII, Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923), “Sobre la sexualidad femenina”. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1930), “El malestar en la cultura”. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1953-1954), *Seminario 1: Los Escritos Técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1956-1957), *Seminario 4: La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1962-1963), *Seminario 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1964), *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1969-1970), *Seminario 17: El reverso del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1969-1970), “La dirección de la cura y los principios de su poder” en *Escritos II*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Rascovan, S. (2013), *Entre adolescentes, jóvenes y adultos*. Buenos Aires: Paidós.
- Volnovich, J.C (2008), *Conectados, ¿en soledad?* Buenos Aires: Letra Viva.